

## TRES PARAISOS DISTINTOS Y UN SOLO ALEIXANDRE VERDADERO \*

*El alma, que ambiciona un paraíso.*  
G. A. Bécquer.

### ASALTO AL PARAISO

Acaso tu corazón luminoso sigue creciendo puro salvando pájaros amenazados del desatino con que los cazadores despliegan sinietros sus redes. Acaso quieren mentirte y negarte quienes limitan el horizonte o encapotan los faros para despojarlos de la altanería, tan humilde, de ser viento giróvago conduciendo navíos como errátiles águilas. Libres águilas que calman luego su batir aposentadas en cascajares iguales a ribazos donde, entre quillas, cormoranes merodean. Eres párpado vigiloso, obsesivo ojazó, pupila del mástil bogando por cielos abiertos a la vida. Y sigue creciendo tu mano en el rescate de la elementalidad de las cosas y los seres, del hombre mudo, en medio, para el que dispone la libertad que estremece por plena. Permaneces noctívago y argos, conjurando los círculos del infierno y las máscaras y vestidos con que se embozan sus cancerberos. Y cuando trasciende tu noticia, azul y viva, de flores o auroras cálidas, de lúcidos bestiarios e inabarcables mares como maremotos, de nostalgias o esperanzas inamovibles, tiéndense las sombras a los pies de tu paraíso, devánense como rugidos de jauría vencida por ese amor de altos pechos rumorosos.

Acaso toda tu voz no es sino el conocimiento de la luz siempre generosa de la inocencia, y no pretende más que la fiebre transparente, el quietísimo éxtasis del hechizado después de otear más allá de la apariencia y regresarse clarividente: las mutaciones engañosas descarnadas del rostro falsario. Inicias los fervores primeros de cuer-

---

\* *N. del A.*—«Tres paraísos distintos y un solo Aleixandre verdadero»—¿hará falta decirlo?— es un texto-homenaje. Bebe de la siempre necesaria gratitud. Agradecimiento a Vicente Aleixandre por su vida, por su palabra tan luminosa y pura: ése es nuestro débito. Yo he penetrado por su portentosa escritura para llegar a su paraíso. Mejor dicho, a la triple dimensión de su paraíso: como aurora del mundo, símbolo de la dicha de la juventud, y morada resplandeciente para el amor. Tres dimensiones y una unívoca pasión. De todo ello escribo desde la propia escritura de Aleixandre. Desde la devoción. Es un homenaje y, a veces, o quizá siempre, algo pretencioso: el intento de hacer mía esa voz luminosa y pura. Tan verdadera.

pos amándose, y adelantado eres señalando aleteos de paloma que contempla un niño lejano a la sospecha. Entre laderas, entre frondas tiernamente vegetales, entre lenguas amarillas como rayos palpando íntimos, entre bajuras o elevaciones redimidas, entre océanos y cordilleras, claror y penumbra, apareces casi anónimo, tan ecuménico, para componer ese alba del universo que sólo es imposible cuando se claudica o se reniega del sueño.

Y es tu palabra llamada de olifante convocando cada día al descubrimiento novísimo y vívidor. Es fuerza cósmica que ordena, revuelve y retiene astros y sus ecos postreros. Es sondear despaciosos entre soplos blandos de ramas. Y ritmo que atienden las barracudas en su nadar asambleario. Aliento que dora, cráter extremo y hacedor como tahona ante el embate de llamas horneadoras que propician el pan. Sílabas propagando la creación desde el fuego que habitas y que te vive con latido humanísimo y prójimo. Hoguera que reclama tu muerte ilimitada para siempre vivir por sobre las ascuas tan límpidas y más apasionadas. El mundo encierra la verdad de la vida, y cierta es tu garganta pregonándolo. No importa la sangre que miente melancólica si siente arriba el deseo afanoso del amor o la consumación de los ojos. Creces en labios para decir el universo y poblárnoslo de nombres.

Mas no fue dócil tu entrada en la extensión para ti dispuesta. No fue manso tu canto, tu eterno oficio de nombrador que derrota al tiempo. Ambicionabas el paraíso de forma excelsa y muda, y estaba flanqueado por espectros y héroes que se desplomaron como un último escarnio. Por óxido ruín y manos áviesamente entregadas al limo impostor y engañoso. Enmarañaban ortigas, yedras acibaradas o lianas como interminables sierpes de escamas, la verticalidad de los troncos ya casi carbones severos. Orín y ácido, ventolinas fraudulentas y greda declaraban el fin de las arquitecturas y la ignominia con que las estatuas desaparecen dejando pedestales para criadero de arácnidos o base de esos acarreos volátiles, siempre agoreros, siempre carroña, de los cuervos insomnes.

Acudiste tierra desde el mar, mar para la tierra, aire que aviva el fuego o incendio de vendavales. Clausurada estaba la entrada como una orilla sedienta escondida por ebrios marineros o tumba ciega que niega descanso y suprime identidad al muerto que dentro bulle. Ni siquiera un ángel, no ya custodio de llave o esgrimidor de destierros, sino mojón, señal, indicio. Tan siquiera una línea borrosa para delimitar lindes, para descifrar dédalos legendarios. Clausurado estaba para la luz altísima y la voz que sostiene, para el pecho compañero y el anhelo del amor diáfano y hondo. Afuera: la alegría verdadera como alondra, el sol alcanzado en el gozo de un abrazo sobreterreno.

Golpeando. Dentro: esos cráneos que incuban el vacío, el hierro sigiloso, sangres sin pálpito abatidas contra rastros, huesos miserables y mares de cera, el naufragio derramándose y mortífero escalando. Entonces te pertrechaste. Llamaste y te secundaron los inmortales, listos para el asedio, para cumplir el asalto y consumarlo.

Vegetal y rumorosa, leve y despoblada, la tierra abrió su savia y fue su respiración júbilo de nacimiento primigenio. Luz que suspende la pasión, sola luz y unívoca, lamedora de alturas y orientadora de vuelos precisos, el fuego hizo declaración de inocencia. Invicto el aire, veló por la calma que repudia tempestades y remolinos intrincados. Por sobre desolación, irguióse estandarte que ondea esplendente o sin memoria. Y, al cabo, el mar que reverberó e hizo acopio de estelas. Que se tendió como dios inmortal para latir en claridad.

Alcanzaste la victoria y el paraíso floreció como vino compartido o pan que se transmite. Retrocedió el tiempo llevándose el dolor, las miserias señeras del terreno conquistado en franco combate de amor y verbo germinativo. Cedieron murallas y barandales, talanqueras y cercos ocultadores, ante el rumor que deshace las tinieblas, ante el ímpetu reconstructor y fragoso con que te asistes, con que existes más allá de la guadaña y los señuelos del infierno. Tu lengua larga de agua, tierra, fuego y viento fue semilla enamorada dispuesta para procrear, para multiplicarse como tormenta dulce de vilanos o grito de gallo en las colinas que el amanecer vuelve eco inagotable.

Fue entonces cuando penetraste. Fue entonces tu primera permanencia en el paraíso como sueño invocando la aurora del mundo, la apacible hierba que recibió el beso de la luna para quedarse instantánea: fanal que ilumina el no tiempo, el movimiento detenido en su génesis virginal y dichosa. Y luego tu segunda estancia cuando naciste para ser niño de azules inocencias. Nos colmaste de añoranzas y resbalamos entre brillos, espumas, palmas gruesas y arco-iris de alas abiertas como pájaros ingravidos. Así construiste tu espacio como la vena que va y vuelve palpitando. Así te hiciste morada resplandeciente para el abrazo que todo vence, incluso los cadáveres. Y así continuas, corazón en alto, labios en entrega, demiurgo y hacedor de extensiones hópitas para la vida tan libre que llamarla pudiéramos amor.

Y acaso ahora tu luminoso y puro corazón sigue agigantándose para acogernos y protegernos. Para devolvernos los nombres que quedaron engarzados en urdimbre de trampas silentes. Para ofrecernos a la luz y denominarnos enamorados. Acaso tu voz nos reúne a la puerta verdadera de tu paraíso. Acaso nos reclama, nos convoca. Esperando.

Tras el asalto: restos del combate y noche quietísimamente anochecida. Era el terreno la noche o su poderío. No había cánticos totales ni alas levísimas que los corearan. Era la negación de la luz y el suplantar colores por agonía o silencio. Apagada quedó la savia porque ni siquiera el mar o sus caracolas emergían hacia la voz del amante. Tampoco hacia las frondas, ni los temblores de la rama y las hojas tras el vuelo. Sólo bultos, perfiles, opacidades. El universo enteramente anónimo y compendiado en simas abísmicas.

Quería el agua ser bóveda que se expande y libera gemebundos nadadores. Quería ser seno erguido de espumas, delfín o ballena chapoteando o dibujando con sus colas por la arena la vehemencia del movimiento. Sombrío plomo pesaroso, ciegamente estático, el cielo casi cadáver intransitable. Ni brisas ni senderos para el plumaje festivo. Enmohecíanse los planetas, preteridas las colas de fuego con que dulcemente quemaban como bengalas disparadas para orientar signos del Zodíaco. Falsas luminarias de estraza o celofán, ni rutilaban estrellas. Piedras cansadas, desposeídas de sonido al chocar contra el grao. Seres ansiando transcurrir, ser vívidos o nacientes.

También los tigres casi desvaídos. O los cráteres de lava húmeda y agoniosa. Y los peces-luna que escamoteaba la penumbra al brillo legítimo. O esos búhos sonochados, las lechuzas y corujas vigías de la nada tendida ante sus párpados glóbulos de linco. No había más que noche y nubes remotas en espera de vientos atrevidos que las blandieran. Colectiva máscara o tela disfrazadora encubriéndolo todo. Lágrima de niño muerto o cuerpo cansado o música ahogada. Quietud del miedo antiguo que se ha quedado inmóvil. Dolencia de cíbolo herido mugiendo pavorosamente oscuro.

Y llegaste para contener la vida que, sin campo donde encararse, sin flores que presidir, negábase hasta apagarse y la deserción. Fuiste cáliz de luz valiente. Criatura entre todas alzada. Ser de verdes cambiantes, de azules, amatistas, añiles y caimitos. Fuiste gran playa marina, agua viva, ola gozosa o espuma inquieta. Ensalzaste la vasta inmensidad derramada de los mares. Fue cierto a tu conjuro la pujanza de los pájaros volatíneros, la fugacidad con que testifican su paso. Fuiste nube y sol, luna ciclópea y cabello estirándose en el viento. Altura cimera, frente salina, piel de yodo, torre y minarete. Convocaste árboles y se saturaron policromos. Resonaron minerales desde su afónica presencia y rugieron lavas y tigres con sus espadas brevemente amenazadoras. Fuiste vegetal y canción invisible. Cuerpo y rompiente. Litoral, afluyente y río, insecto y pájaro-lira,